

de los ideales eternos de justicia, verdad y belleza, ideales únicos que pueden justificar nuestros padecimientos en el globo. A la generación actual le ha tocado la realización de esta tarea. Y es necesario que de nuestras filas salgan los espíritus fuertes, decididos a asumir la responsabilidad de esa empresa. Tal vez no seamos nosotros quienes tengamos que afrontar la parte más ardua y peligrosa de la acción regeneradora. Aunque algunas apariencias hacen presumir cosa distinta, nuestro mayor enemigo—si no el único— es la ignorancia, el desconocimiento, de parte de nuestras clases «cultas» y «dirigentes», de los urgentes imperativos de la civilización nueva y más sabia, hermosa y noble que están pugnando por forjar los cultores de la ciencia, la religión, la moral, la estética y el derecho contemporáneos. Tenemos, pues, que lanzarnos a una cruzada de educación y propaganda semejante a la que realizan en el México nuevo los Vasconcelos y los Casos, los Henríquez Ureña y esa pléyade de educadores de vocación y de ideales que ha respondido al llamamiento nobilísimo del primero: «Ya es tiempo—dijo Vasconcelos en su invitación a los intelectuales y maestros— de demostrar a los campos que la ciudad no solamente incuba la explotación y el desdén, sino que puede engendrar abnegación y virtudes. Es menester, que el intelectual se redima de su pecado de orgullo, aprendiendo la vida simple y dura del hombre del pueblo, no para rebajar su propia mente, sino para levantarla junto con la del humilde». «Para ciertos países aristocratizados—afirma por su parte Gabriela Mistral, misionera de la educación en México—el rango de intelectual corresponde a doctores y literatos ilustres. Estos hombres—agrega— casi siempre maduros o viejos, tienen una acción lánguida: son mentes fatigadas. O bien, vueltos egoístas por su preeminencia, hechos una nueva aristocracia, indiferentes, se colocan al margen de las luchas sociales». Esto, entre nosotros, es una verdad palmaria. Nuestros «intelectuales» viven al margen de las inquietudes juveniles y de los sufrimientos del pueblo; ignoran las aspiraciones de mejora, progreso, renovación y creación espiritual de las fuerzas vitales por excelencia de la nacionalidad: juventud obrera y juventud estudiosa; desconocen el movimiento revolucionario y reivindicador de la pureza y dignidad de los valores culturales que agita a la juventud del mundo entero; y frente al grito valiente de las rebeldías juveniles, solo se les ocurre hacer causa común con las fuerzas más retardatarias de la burguesía claudicante y corrompida. Y es que, en realidad, nuestros «intelectuales», nuestros «dirigentes» no son sino siervos de la burguesía, parásitos del régimen de la explotación política e industrial, gentes que no quieren enterarse del sentido dinámico y constructivo de la cultura contemporánea; gentes que creen que las universidades modernas son conservatorios de una especie de escolástica social u ortodoxia política intangibles.... Y es contra estos prejuicios, debidos más que a la maldad o el egoísmo a una inercia espiritual y mental muy poco honrosa; es contra el tristísimo desconocimiento de la belleza y fecundidad, llena de humanas esperanzas, del ideal educador de nuestros días, contra lo que tenemos denodadamente que luchar. El vigoroso y audaz crítico inglés George Bernard Shaw, en un mensaje a los estudiantes norteamericanos, ha dicho que el único remedio eficaz para combatir la mediocridad moral y científica de la cultura oficialmente organizada es la organización cooperativa del consumidor, es decir, del estudiante. Si, refiriéndose a los Estados Unidos, Bernard Shaw escribe: «*In forming Intellectual Soviets, and stablishing the Dictator ship of Learner, the American students may save their country if it is capable of being saved*» ¿qué no podrá decirse entre nosotros a favor de la organización independiente y altiva de la clase estudiantil libre, es decir, del estudiante que no quiere resignarse

a recibir una cultura de sumisión a los viejos órdenes, sino una cultura renovadora y dinámica? Es esa educación oficial de un conservadorismo miope, de un conservadorismo que se traiciona con su propia indigencia de ideales, con su indiferencia helada e inhumana frente a las dramáticas luchas y miserias de la vida; es ese utilitarismo profesional, esa seca instrucción en absoluto desprovista de cordialidad y de emoción apostólica, que se ofrece en nuestras cátedras; es la aridez increíble de aspiraciones y doctrinas humanas que se nota en nuestros cursos de «humanidades»; es la falta de entusiasmo y de fervor ideológico que se nota en nuestro único centro de cultura espiritual—la Facultad de Letras—lo que contribuye a empequeñecer cada vez más nuestro patrimonio de principios y doctrinas ennoblecedoras de la vida colectiva. El Maestro de las «rutas ignoradas», melancólicamente decía: «No ignoro, antes bien aplaudo y amo lo que se hace en la fama de las cosas, en el engranaje administrativo, en la evolución de la riqueza común. Pero me inquieta esta exaltación tradicional de la apariencia, en una raza que no ahonda la vida ni sabe su destino. En vano he consagrado tristes desvelos a nuestra historia, para saber qué hemos querido en ochenta años de existencia, (el Maestro hablaba hace veinte) contra el determinismo de las cosas y de los tiempos. No lo sé; me atrevo a sugerir que nunca hubo tal pensamiento, que nunca supimos del ideal y de sus exigencias, que hemos vivido con existencia contradictoria e inconsciente, sin discutir nuestra herencia, aceptando las imitaciones, sin la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino. Suprema frivolidad, desesperante inconsciencia, trágica indisciplina de una historia que no tiene el sello aristocrático y la espiritualidad discreta del virreynato ni la imponente ordenación del comunismo incásico. Condenábamos la realidad en nombre de vanos y retóricos idealismos, pero nunca hicimos crítica social. Inquietos y variables, no aceptamos ni la fecunda monotonía del trabajo ni la lenta y espontánea corrección de los moldes políticos. Fuimos los eternos famélicos de los cambios decorativos, de las superfetaciones engañosas, de las agitaciones algo bufas algo trágicas, de una fantasía reñida con las imposiciones de la vida.»

¿No es verdad, queridos compañeros, que estas palabras resuenan por manera dolorosa en nuestra conciencia ahora? «Yo os quisiera ver marchar por ignoradas rutas—dice en otra parte el Maestro—, y apenas vislumbro aisladas, efímeras transformaciones. Muchas veces me abandona la esperanza ante el espectáculo de la estrechez intelectual, de la intolerancia, de la vida perezosa, del fanatismo tortuoso, del materialismo invasor...» ¡Y eso era cuando aún no estábamos sumidos en la sima del servilismo y abyección en que hemos caído! Eso lo decía el Maestro cuando aún en nuestro país los hombres actuaban impulsados por móviles ajenos al miedo o al interés... ¿Cómo salir de esta hondura para recibir sobre la frente alzada el beso de la luz? ¿Cómo escalar los ásperos barrancos de estos abismos de ignorancia y de temor donde nos han dejado abandonados la incuria, la frivolidad, la cobardía, la carencia de ideales y el desorden de las generaciones anteriores? Próspero, el Maestro indiscutido de las generaciones nuevas de nuestra América, nos ha enseñado cómo «el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio y su fe en determinada manifestación del ideal, su puesto en la evolución de las ideas». Si generaciones anteriores a la nuestra han sido negligentes en la acción y en el pensamiento; si han claudicado ante el poder arbitrario e injusto de políticos mediocres y mercaderes del patriotismo; si los que nos han precedido no quisieron o no pudieron imponer una firme voluntad depuradora y un generoso ideal colectivo a las